

Para tantos amigos de Zucaras y Tornela, cuyo diario esfuerzo impide el desarraigo de esta hermosa tierra.

Pudo no ser cierto, quizá todo fue el fruto de la imaginación de un muchacho de quince años en una noche de noviembre. A mí me lo contaron siendo niño, al calor del hogar, en esas largas veladas de invierno cuando, por fortuna, no había televisión y yo os lo cuento ahora...

«BRUJA'S»

por PEDRO VIZCAY GONZALEZ

Cuando amanece, ya subo la empinada vereda que desde la carretera asciende serpenteando el robledal. El sendero, que se cubre en primavera de malvas silvestres y cruje en otoño con las hojas muertas, atraviesa luego la espesura por donde los débiles rayos de sol de madrugada apenas pueden penetrar. De cuando en cuando, el vuelo de una paloma torcaz, con sus alas trepidando entre las copas de los árboles, rompe el leve rumor del bosque. Mucho más arriba, donde los pastizales comienzan

a emerger, está la casa, en el umbral de la floresta, a la orilla del arroyo que desciende entre las grandes piedras cubiertas de musgo.

Es una pequeña casa de piedra. Debe ser muy vieja a juzgar por sus carcomidos muros abiertos de hiedra. El tejado, hundido por el centro, aparece recubierto de losas irregulares de grandes dimensiones; donde las vigas de castaño no han resistido el peso de la pizarra, la paja ennegrecida de centeno sustituye a la antigua techumbre. Tiene tan solo dos ventanas pequeñas y una angosta entrada con canchilla. Una piedra de gran tamaño, toscamente labrada, sirve de dintel.

.....

A veces, cuando recobro el resuello tras la dura ascensión, me gusta observar la casa. El humo que sale entre las losas tiene un color indefinido. En algunas ocasiones puedo ver a la anciana bajando a tomar agua del riachuelo con un cubo de madera. No sabría decir su edad. Parece que los años se han negado a reflejar su paso en aquel rostro. La veo siempre igual, el pelo gris y descolorido asomando por la pañoleta oscura, el rostro arrugado y marchito, su pausado andar encorvada sobre la vara de avellano. La ropa, que pudo ser negra, parece grisácea de puro descolorido. Calza zuecos de madera sobre medias de lana.

Esta anciana de edad indefinida me produce una extraña sensación a la vez curiosa y malévola. A pesar de que todo el pueblo rehuye hablar de ella,

yo he indagado algunas cosas. Sé, por ejemplo, de sus artes mágicas, de sus conjuros en las noches de luna llena, de su profundo conocimiento de las hierbas del bosque, de su grandeza y su miseria... y de su soledad...

.....

Mi familia está compuesta por padre y madre, mis dos hermanas, Gabriel el pequeño y Ramón el mayor. Cuando la primavera borra la nieve de la pradera que corona las suaves montañas, por encima de la mata de robles que puebla la falda, Ramón y yo subimos con el ganado.

En nuestra palloza tan sólo pernocta él; yo llego cada mañana con lo necesario para la jornada, regresando cuando la tarde comienza a extender su sombra más allá del Burbia. Hoy, poco antes de recoger el ganado, mientras comemos un poco de pan y queso, le pregunto a Ramón por ella. Me mira fijamente a los ojos, luego agacha la cabeza para decir:

— Mal asunto, Sebastián, mal asunto. Aléjate de ella, es... una bruja...

— Pero no hace mal a nadie.

Así parece, pero ella conoce los secretos del bien y del mal. Sabe cuando llegan las desgracias, adivina el futuro, cura el mal de amores, se comunica con las ánimas... Aléjate de ella, Sebastián, es una bruja y tú sólo tienes trece años.

.....

Anochece cuando, al bajar hacia el pueblo, me la he tropezado en medio del sendero. El sol ha calentado durante la siesta y, ahora, en el crepúsculo, negros nubarrones se ciernen sobre el cielo. El aire huele a tormenta. Nunca he sentido tan cerca su mirada y aquellos acerados ojos grises, brillando sobre las profundas arrugas de sus cuencas apergamizadas, se me clavaban en el alma. Su sonrisa es casi una mueca cuando, enderándose a medias sobre una vara de avellano, deja oír su voz a la vez cascada y melodiosa, a la vez profunda y serena:

— Hijo mío, ¡acércate!

Como atraído por un imán me coloco junto a ella.

— Tú, hijo mío, eres el chico de Pedro. Tu padre es un hombre bueno, yo le conozco bien. Sé que eres un muchacho despierto y valiente, ven a verme cuando quieras. Yo conozco muchas cosas de las que no se aprenden en la escuela y te las puedo enseñar, son cosas de la vida, cosas útiles para el alma y el cuerpo. Ven a verme alguna vez, tú ya conoces mi casa, ven a verme... Si...
Se va alejando lentamente con su cesta de mimbre debajo del brazo, encorvada sobre su vara de avellano, mientras yo la observo como hipnotizado.
No he contado a nadie nuestro encuentro.

.....

Pasa el verano y, con los primeros fríos de octubre, mi hermano el mayor nos dice adiós. Su partida hacia tierras americanas deja un profundo vacío en la familia. Sin saber cómo, me siento un hombre.

He cumplido ya catorce años.

Este invierno es de los más fríos que se recuerdan. La nieve ha cubierto en noviembre los campos y la vida en la aldea se sume en un profundo letargo. Las chimeneas humean de día y de noche, el río está cubierto de hielo en sus orillas. Al calor del hogar, contemplando el fulgor de las llamas, a menudo pienso en Casilda la bruja. ¿Qué hará perdida en aquella soledad? ¿Cómo combatirá el hambre y el frío? ¿Será posible que no enloquezca sin más compañía que la de su gato y tal vez la del diablo?.

.....

A finales de abril, antes de que los álanos del borde del río abran sus hojas, me coloco el zurrón y, con ayuda de mi padre y mis hermanas, subimos el ganado hacia la cumbre. La nieve no ha desaparecido por completo, pero el mal año ha conseguido que el forraje almacenado se termine y los animales flaquean ostensiblemente.

Arreamos los dos centenares de ovejas y de cabras junto con las cuatro yeguas de vientre y, al filo del mediodía, avistamos nuestra palloza. El trabajo de la tarde consiste en reparar la techumbre, almacenar algo de leña y sustituir las tablas deterioradas del aprisco. Con el atardecer ellos se van y me quedo sumido en la más espantosa soledad.

El miedo se agarrota en mi garganta cuando la noche cae sobre el monte. Los crujidos de la palloza y los aullidos del lobo me hielan la sangre. Ni siquiera la presencia de Sultán, el fiel mastín de ojos enrojecidos y melancólicos, serena mi ánimo. Casi